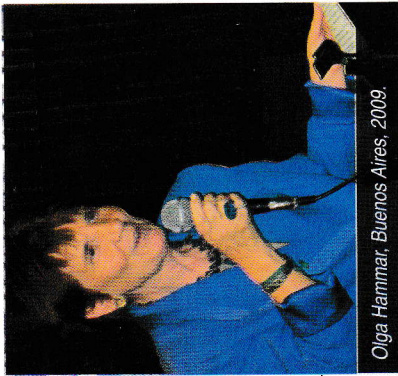


Tozudamente



Un camino de militancia

OLGA HAMMAR



Carmen López

Olga Hammar, Buenos Aires, 2009.

Nació el 5 de agosto de 1933 en la Ciudad de Buenos Aires. Aunque estudió Asistencia Social en la UBA, el periodismo también la sedujo: dirigió las publicaciones Micaela (1978) y Compañeras (1989); y participó en Unidas (1987). A poco de iniciarse la revolución cubana, viajó a la isla con apenas 25 años. Luego de recorrer varios países de América, y de conocer a su esposo, Jorge Hammar, y a otros referentes políticos de la época, se radicó en Perú. En 1962 regresó al país, vinculándose con los gremios combativos, antivandoristas. Media década después, se trasladó a Santiago del Estero donde trabajó en la creación de las Escuelas Albergues. En 1975, nuevamente en Buenos Aires, se integró a la UDA. Unos meses más tarde fue cesantéada, luego secuestrada por las fuerzas armadas junto a su esposo, y por fin liberada tras varios días de encierro. Al tiempo se exilió en Estocolmo, donde trabajó como consejera familiar para exiliados de Latinoamérica y fundó la Asociación Latinoamericana de Mujeres (ALAM). En 1984 retornó a la Argentina y al gremio docente, como dirigente de la UDA, además de crear la Fundación TIDO, con otras compañeras funda el FOCAI. En 1989 fue designada directora del Departamento de la Mujer de la CIOSL-OPIT Latinoamérica, impulsando la participación de las trabajadoras en los sindicatos, promoviendo el Comité Femenino.

Desde 2003 es presidenta de la Comisión Tripartita de Igualdad de Trato y Oportunidades entre Varones y Mujeres en el Mundo Laboral del Ministerio de Trabajo de la Nación.

From Doors
The corner!
Olga Hammar
September 2013

Tozudamente

Un camino de militancia

Olga Hammar

Tozudamente

Un camino de militancia

Hammar, Olga
Tozudamente. - 1a ed. - Buenos Aires : Intermedia, 2009.
192 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-24896-1-8

1. Historia Política. I. Título
CDD 320.9

Fecha de catalogación: 13/02/2009

Coordinación Editorial

Carmen de Lourdes López
Asesoramiento Periodístico
Lila Pastoriza
Cristina Noble

Impreso en Artes Gráficas Chilavert
Cooperativa de Trabajo LTIDA.
Empresa recuperada desde 2001
Chilavert 1136, Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Mayo de 2009



Diseño y diagramación: Intermedia
www.estudiointermedia.com.ar / contacto@estudiointermedia.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina



Chilavert Artes Gráficas

A Jorge Hammar, mi compañero,
quien me ayudó a pensar que un
mundo mejor era posible.

A mi hijo Alejandro, quien me
acompaña a transitarlo.

Olga Hammar

PRÓLOGO

Creo que muy pocas veces una sola palabra en el título de un libro nos dice tanto acerca de la vida de alguien, especialmente cuando el libro se trata sobre una vida y una idea de voluntad, que se convierte en un gesto de gran generosidad al compartir con nosotros casi cinco décadas de vida, de ilusiones y desilusiones; de amores y desamores; de luchas, entregas, exilios, encuentros. No lineales, no banalmente coherentes. Con dudas, con alegrías, con temores y con la convicción del triunfo.

Atreverse a mostrar y poner en juego sus experiencias de vida de un modo tan claro y profundo como lo hace Olga Hammar, es algo poco frecuente, y de un inmenso valor.

"Tozudamente" -obstinadamente, testarudamente- nos aproxima a la idea de algo hecho con fuerza. Y en el caso de Olga, la voluntad, la determinación, la decisión y el coraje se reflejan -más que como un repaso-, como una extensión de su recorrido por el camino de militancia.

Una militancia que se va a desarrollar profundamente enraizada con la historia latinoamericana que comienza a fines de los años cincuenta, con un viaje e itinerario en algo parecido al que realizó Ernesto Che Guevara: América Latina en todo su sentido y Cuba como destino final. Era la década del sesenta, y se vivían aquellas ideas y sentimientos revolucionarios con la ilusión de reproducirlos en el resto del continente. Por ello, deja pronto la isla y se instala en el Perú antes de regresar a su tierra.

De ese viaje trajo a su compañero Jorge Hammar y junto a él, recorrió los finales del peronismo de la resistencia hasta los comienzos del peronismo revolucionario, que darían paso a una militancia sindical en la actividad docente que marcará su vida. Como ella misma lo dice "...la defensa de los intereses de los trabajadores no dejó de constituir nunca mi identidad política...". Imposible decir algo más simple o más claro.

Un breve y brutal secuestro sufrido por ambos en 1976, los obligan al exilio en Suecia. Se abrió así un nuevo capítulo en su existencia, donde

Olga Hammar comienza a involucrarse y a comprometerse con otro gran desafío: la problemática de la mujer. Entonces rescato una frase suya que sintetiza los dos temas que la representan: "Siempre fui consciente de la pertenencia a una clase y también a un género, eso me ayudó...". Otra vez, la sencillez y la claridad de pertenencia y objetivos.

Con el retorno de la democracia regresan a Buenos Aires donde al poco tiempo muere Jorge. Olga dirá, que los años de exilio le demuestran que "la fortaleza estaba en América Latina". Vuelve a la actividad sindical, crea el departamento de la mujer en la UDA, una de las primeras organizaciones sindicales de la argentina en asumir institucionalmente esta cuestión, y participa activamente en los orígenes de la Fundación TIDO (Trabajo, Investigación, Desarrollo y Organización de la Mujer), un espacio de participación y de convocatoria permanente sobre género, que 20 años después, continúa vigente.

Con Olga comenzamos a conocernos a su vuelta, compartiendo ámbitos de militancia en lo que se conoció como la Renovación Peronista de los años '80, la revista UNIDOS y la experiencia sindical de los 25, el acompañamiento a Bordón como respuesta al "pensamiento único" desde la Fundación Andina y finalmente en su aproximación al Grupo Calafate.

A fines de los años '80 un nuevo desafío, la dirección del área de la mujer en una organización sindical internacional (ORIT), le impone dejar nuevamente la Argentina: entre los años 1989 y 1991 vive en México ejerciendo dicho cargo. "Las valijas han jugado un rol importante en toda mi vida, en ellas transportaba el resumen de mi vida". A su regreso continúa su actividad sindical. Participa activamente en la creación del Foro de Mujeres Sindicalistas, constituido por TIDO, UDA, UPCN y el Sindicato Gráfico, colaborando con la Fundación Friederich Ebert y O.I.T.

Todas estas experiencias y espacios me permitieron reconocer lo valioso de sus saberes y capacidades. Por eso, cuando tuve que pensar en alguien para acompañarme en la gestión del Ministerio de Trabajo para presidir e impulsar la Comisión Tripartita de Igualdad de Oportunidades y Trato (CTIO), alguien que tuviese una visión y comprensión de este tema acorde con nuestros principios, no dudé en convocarla para esa tarea.

Y debo reconocer que fue una decisión acertada por la extraordinaria labor que Olga llevó -y está llevando- a cabo en este ámbito tripartito, en el cual trabajan conjuntamente representantes de los sectores patronales, sindicales y de los diversos organismos del Estado vinculados a la problemática de género. Su compromiso, su militancia inculdicable (que no sé como sostiene en ese pequeño cuerpo) y su manejo político marcarán un antes y un después de la Comisión Tripartita.

La CTIO representa, a mi entender, uno de los ámbitos más fecundos y permanentes del verdadero Diálogo Social, en el cual se realiza y promueve esa práctica para el desarrollo de una sociedad plural y participativa, con una economía más justa y solidaria. Y un espacio desde donde se impulsan acciones y políticas orientadas a la igualdad de oportunidades; al logro de la paridad; a la formación en el trabajo en condiciones de acceso igualitarias, y a garantizar el derecho fundamental a la promoción laboral entre varones y mujeres. Sólo así podemos garantizar una plena democracia y una más profunda justicia social.

Por que en definitiva, y tal como lo viene realizando nuestra Presidenta, Cristina Fernández de Kirchner, se trata de poner al trabajo en el centro de todas las políticas del Estado; porque es el trabajo la herramienta privilegiada para la inclusión social y la distribución del ingreso. Pero no es cualquier trabajo, sino el trabajo decente, con salarios dignos, con los beneficios de la seguridad social y fundamentalmente, un trabajo que garantice la igualdad de género como un requisito indispensable para lograr todos estos objetivos.

Habría que contar la historia de uno mismo para comprender que cada libro es un pedazo de una vida. Y en el caso de Olga Hammar, es indudablemente una vida transitada con la misma intensidad con que se vive una novela. No quiero entonces, demorar más el comienzo de la lectura de estas páginas. Tengo la certeza que al final, van a conocer, a aprender y seguramente como muchos, a querer, valorar y admirar a Olga.

Dr. Carlos Tomada
Buenos Aires, junio de 2009.

EL ORIGEN

El peronismo, una visión aprendida en familia. Un padre sindicalista y una madre dominante. Evita como imagen a emular. La rebelión adolescente y la importancia de la doctora Ick, mi psicóloga. El viaje a Cuba: una búsqueda de mí misma.

Para mí el peronismo primero fue un sentimiento, después una elaboración teórica. Como ocurría en cualquier hogar de trabajadores, Perón y Evita en casa eran figuras familiares.

Papá era sindicalista y aunque mi madre no tenía nada que ver con la política, reconocía los avances y mejoras que le debía al gobierno peronista. De modo que mi militancia social tiene de partida una base justicialista. Eso en lo político-ideológico. Desde el punto de vista psicológico, podría decir que mis inquietudes políticas surgen de mis propias necesidades y de las carencias afectivas que tuve cuando era joven.

Mi historia particular está entrelazada con lo que le ocurría a muchos representantes de mi generación, lo que en todo caso me distinguía era que mientras otros jóvenes de clase media a la larga adoptarían al justicialismo contrariando las convicciones antiperonistas de sus familias, yo había nacido en un hogar peronista. Después me convertiría, como tantos universitarios sesentistas, en admiradora de la revolución cubana, pero esa simpatía no puso en contradicción mi lealtad al movimiento. Mi adhesión a la revolución cubana nunca me generó una crisis con el peronismo. Sin embargo era consciente de que a grandes sectores de clase media que podían sentirse atraídos por los barbudos cubanos todavía les resultaba difícil entender cabalmente al justicialismo.

Yo siempre me mostré orgullosa de mis ancestros. Nunca escondí que mi familia -de origen inmigrante- pasó necesidades. Recuerdo que mamá nos contaba que de chica había pasado períodos de privación extrema, es probable que esa situación influyera mucho en su manera de ser, lo cual también



Olga Hammar en su juventud.

repercutió en mi vida. La mía fue una adolescencia triste y dura. No por haber pasado hambre, sino por carencias afectivas.

Ahora que puedo evaluar toda esa etapa desde otra mirada, pienso que por lo menos me sirvió para templar el espíritu, para no dejarme avasallar. Sin mi capacidad de resistencia muy difícilmente hubiera podido superar las tensiones que existían en casa.

Las mayores crisis en mi adolescencia estuvieron ligadas a las ambiciones mal canalizadas de mamá. Mi madre era una mujer dominadora, siempre lo fue, pero cuando yo "me hice señorita" la situación se agravó. Su control se tornó asfixiante: no quería que yo tuviera mi propia vida, me controlaba cualquier nimiedad, al punto de revisarme hasta los libros que leía. Si ella hubiera podido habría supervisado (y censurado) mis pensamientos.

Ese control lo hacía con todos en casa, pero conmigo era peor. Como hija



Alejandro, Jorge y Olga Hammar.

mayor -éramos cuatro hermanos- yo actuaba como punta de lanza. Era la que se rebelaba, la que reclamaba justicia a cualquier costo. Mamá no sólo era fuerte, sino implacable. Su drama fue que nunca aspiró a desarrollarse más allá del medio doméstico. No era común en esa época -fines de los cincuenta- que las mujeres tuvieran aspiraciones. Pero ella a pesar suyo las tenía, y eso conspiraba contra un destino trazado socialmente.

Se suponía que las mujeres debían conformarse con un destino privado: casarse, tener hijos, formar una familia, eso era lo principal. Muy pocas se animaban a cuestionar ese modelo de felicidad. Sólo una minoría percibía el trabajo afuera de la casa como una necesidad de autorrealización. Recordemos el contexto político: eran tiempos ésos en que Evita empezaba a demostrar con su propio ejemplo que el rol femenino estaba cambiando. Perón había diseñado una política dirigida a las mujeres cuya idea central era convertir las protagonistas, movilizarlas para que se incorporaran a la fuerza de trabajo. Toda esa movilización desde arriba tenía una presencia determinante en la vida cotidiana de la gente.

Sin embargo, en el caso de mamá ese discurso liberador llegó tarde; ella no era tan joven como para modificar su esquema de pensamiento y salir al espacio público: era ama de casa y punto, y mi padre, según su visión, debía trabajar y garantizar el sustento, como siempre había sido.

Para mí sí Evita representó un modelo. Sus arengas públicas, todo lo que hacía, me impulsaron a salir de casa, a volcarme al servicio social y a la ayuda de los más necesitados. También tuvieron que ver con la elección de mi carrera la sensibilidad social de mi papá y su actividad como sindicalista. De alguna manera, él siempre me inculcó su amor por el peronismo. Papá era un militante de los principios sociales, por eso terminó convertido al justicialismo. En cambio para mamá el peronismo representó la posibilidad de ascenso social, como lo fue para la mayoría de los sectores más relegados.

Evita dijo en el Mensaje a la Mujer Argentina, unos meses antes de que se estableciera el derecho al voto femenino: "Mi lucha es también la lucha del corazón de la mujer que en los momentos de apremio está junto a su hombre

y su hijo defendiendo lo entrañable... Defendiendo la mesa familiar y un destino menos duro. Defendiendo todo aquello que la mujer tiene el deber de defender: su sangre, su pan, su techo, sus sueños". Esa parte era la que asumía mamá con un empeño excesivo. El problema de ella era que no le daba lugar a sus propios sueños y tampoco a los nuestros.

Pese a todo lo que sufrí, creo que mi fortaleza de carácter se la debo a ella en gran medida. El suyo fue un verdadero matriarcado.

Papá estaba en las antípodas, él era un hombre que conjugaba exitosamente su afición por el arte y la acción política: además de militar en el peronismo pintaba cuadros, actividad que mamá detestaba, por considerarla tarea inútil.

Debo recordar que mi padre no fue un gremialista más: él y otros compañeros fundaron el Sindicato de Comercio. Guardo un recuerdo imborrable suyo del día en que bombardearon Plaza de Mayo, el 16 de junio de 1955; a papá lo veo volcado sobre la radio, un aparato de madera que ocupaba el centro del living, escuchando las noticias por Radio Colonia. Fue el día que lo vi más alterado. No aguantó mucho en casa, después de enterarse de las malas noticias se fue a la Plaza para ayudar a los compañeros heridos.

De origen socialista, él fue uno de los muchos trabajadores afiliados al socialismo que a partir del 17 de octubre del '45 se sintieron atraídos por ese movimiento nuevo que concitaba la adhesión de las masas de descamisados, de los "grasitas".

A papá yo lo admiraba por diferentes razones, por un lado él me trasmitió mi gusto por la pintura y por otro me legó los valores que me guiaron toda la vida, me refiero al compromiso social y a la defensa de la igualdad y la justicia.

Siempre me llamó la atención la diferencia que había entre el hombre que agachaba la cabeza en casa frente a mi madre, y el otro, corajudo, que se hacía valer en la lucha sindical. En el ámbito de su familia vivía avasallado, en cambio afuera, como sindicalista, daba pelea. Esa situación resultó determinante en mi manera de ser, eso lo comprendí mucho después, con la ayuda

de una terapeuta. Una de las conclusiones que saqué en esa terapia fue que era infinitamente más útil despertar confianza que lástima. La piedad inmoda a los otros. Respetto de mi padre, a mí me hacía sentir mal verlo tan débil frente a mi madre.

Mamá era una mujer que gobernaba a los golpes, seguramente porque no sabía hacerse valer de otra manera. A ella la política no le gustaba porque era algo que se le iba de las manos. Ella trataba de apartar a mi padre de esa actividad fundamentalmente porque interfería en el rol tradicional de proveedor que él debía asumir, según su punto de vista tradicional.

Contradicciones de género

A fines de los cuarenta y principio de la década del cincuenta, la mujer priorizaba por mandato cultural lo privado: sin embargo, en el caso de mamá, ese mandato entraba en colisión con los nuevos tiempos. Quiero decir que no era gratuita la convocatoria que el peronismo hacía a las mujeres para que crecieran, salieran a la calle, y asumieran nuevos roles. Por lo menos en el caso de mamá, ese discurso alentaba en ella ambiciones soterradas que no salían a la luz pero estaban.

Se instalaba así una contradicción objetiva en las mujeres entre los valores tradicionales y la modernidad que Evita entendía muy bien, por eso como líder política siempre trató de que no fueran contradictorios el rol de madre y de esposa con los nuevos roles que se abrían gracias a la integración de la mujer al mundo del trabajo y la política.

Volviendo al caso específico de mi madre, ella aprobaba la actividad sindical de papá si eso abría el camino para un rápido ascenso social, de lo contrario la política era una mala palabra en casa. Ahora pienso que mamá, con su capacidad intelectual, hoy quizás hubiera podido encontrarle un cauce a su ambición. Si hubiera tenido la posibilidad de crecer en una profesión, o en una actividad al margen de su casa, el clima hogareño hubiera sido totalmente diferente y todos hubiéramos sido más felices. Pero no fue esa la situación. Sin posibilidad de expandirse más allá de las fronteras familiares, depositaba

todo su ansia de poder y realización en nosotros. A mi padre consiguió dominarlo, él a la larga terminó dejando la pintura, y también la política.

Esa imagen de derrota de mi padre me sirvió como impulso para evitar que me pasara lo mismo.

El poder de la razón

Siempre fui muy racional. En casa yo representaba la mirada conciente, la que veía todo y a veces callaba. Ahora interpreto que la infelicidad que percibía entre mis padres era producto de la clandestinidad de los deseos de mamá, y la negación de parte de los dos del gran desacuerdo que existía entre ellos. En ese momento la separación era una salida raramente pensable para una pareja, por eso los matrimonios sobrevivían, aún con grandes diferencias.

Para mamá era inconcebible el divorcio: la familia era su mundo, su orden, su presente y su futuro. Para decirlo en otros términos, en la década del cincuenta, cuando desde el cine se endiosaba el amor color de rosa expresado en las películas de Sandrini y las hermanitas Legrand, y ese romanticismo representaba la felicidad, muy pocos se animaban a hacer pública una derrota afectiva. Además, papá y mamá provenían de familias tradicionales y sufridas, de modo que no abandonaban nada así nomás. La construcción de una casa, de un hogar y una familia era un camino que una vez emprendido no se desbarataba así nomás, por más insatisfacciones que provocara.

Enmarcada la situación de mis padres en los valores y fantasías de esa época, resulta comprensible que siguieron juntos tapando agujeros, mirando para otro lado, salvo cuando el conflicto se desataba por causa de algún hijo díscolo. Y en mi familia era yo la que tenía ese papel revulsivo.

Transcurridas varias décadas, puedo entender a mi madre y todas sus contradicciones. Una de las cosas que signó su carácter era el miedo de volverse pobre de nuevo. La pobreza la había marcado para siempre. Pese a haber accedido a un cierto bienestar -mi madre tenía talento para los movimientos financieros- toda su vida vivió casi miserablemente, ahorrando en previsión de una caída.

Con el tiempo entendería, pero cuando era joven me era muy difícil. El peor enfrentamiento que tuvimos fue cuando golpeó a mi hermano menor. En ese momento yo estudiaba Acción Social, me acuerdo de la situación como si fuera hoy. No sabía a quién recurrir, mi padre le escapaba a cualquier hecho conflictivo y yo amigas no tenía. Así que finalmente decidí denunciar el hecho. El juez al que consulté me aconsejó desistir, me dijo que intentara arreglar las cosas en casa como pudiera.

Mamá era una mujer que se manejaba con palizas y amenazas, por eso a mí el tema de la violencia es algo que marcó toda mi actividad política. El temor a graves enfrentamientos me llevó a apostar luego a la mediación, al acuerdo entre las partes. Con el tiempo llegué a descubrir que la negociación era el mejor método para resolver conflictos.

Otro mundo

Yo tendría 19 años cuando entré a la Facultad de Derecho, a esa edad ya trabajaba. El acceso a la universidad me abrió un mundo extraño y atractivo como pocos: el de las reuniones políticas hasta tarde, la música clásica, las asambleas, los libros, la libertad. Todo era una novedad apasionante para mí. Era tal el contraste entre mi casa y mi vida de estudiante que me mareaba. Literalmente perdía el equilibrio. Creo que el hecho de visualizar otra perspectiva de vida fue un hecho decisivo, algo que reveló claramente la opresión que se vivía en mi familia. A tal punto sentía una opresión que me desmayaba. Era una sensación de irme que no podía dominar. Aunque podía anticipar cuándo iba a desvanecerme, no lo controlaba, podía perder el conocimiento en medio de la calle: una vez cruzando la avenida Figueroa Alcorta, sólo de milagro salí ilesa.

Por todo eso decidí consultar con una doctora que para mí fue una salvación. Se llamaba Catalina Ick, nunca me voy a olvidar de ella. Atendía en un instituto creado durante el peronismo, se llamaba Instituto Psicosomático Argentino. Teníamos largas sesiones donde leíamos libros, textos filosóficos o históricos que ayudaban a reflexionar sobre mis crisis y los principios fundamentales de la vida. Nunca más tuve una terapia como ésa. Me ayudó muchísimo.

La doctora Ick fue la que me aconsejó dejar el país para que mi madre no pudiera alcanzarme y yo iniciara un camino de libertad. Fue un consejo muy atinado; mamá me había hecho perder trabajos y también un novio libanés con el que iba a casarme. Hasta pensé seriamente en ir a trabajar al leprosario de Albert Schweitzer en África ni bien me recibiera de asistente social.

Estaba buscando cómo efectivizar ese viaje, cuando un compañero de facultad me presentó a Leonardo Werthein, un médico amigo del Che Guevara. El me puso al tanto de que estaban buscando asistentes sociales para ir a Sierra Maestra. Me entusiasmo la idea: Cuba estaba más cerca que África, hablaban español y además, la isla empezaba a simbolizar para muchos el sueño de la revolución, con toda la resonancia que esa palabra despertaba en mí y en toda una generación.

En secreto empecé a juntar plata para huir. Vendí una motocicleta -en ese vehículo realizaba visitas como asistente en la provincia de Buenos Aires- y finalmente pude comprarme un pasaje en una compañía aérea no muy conocida ni confiable como se demostraría después. A mí no me importaba otra cosa que irme: gracias a la terapia había llegado a la conclusión de que no tenía otra salida para sobrevivir.

Corría el año 1960. En la universidad se vivía un momento de gran efervescencia. Todo estaba en discusión, se combinaba un optimismo exacerbado con una gran irresponsabilidad.

Se vivía un proceso parecido al mayo francés. De golpe me veía inmersa en una situación impensada, rara para una muchacha salida de una familia de clase media baja sin experiencia política previa. Los libros, la música, los cafés, la vida nocturna de estudiantes representaban una novedad embriagadora. Nada de eso lo comentaba con nadie, no fuera a ser cosa que me censuraran. La cuestión es que estaba impresionadísima por esa estudiante, ese clima se quedó instalado en gran medida por las fantasías que despertaba la revolución cubana, una revolución iniciada por un grupo de muchachos de clase media, como los de la facultad.

Por suerte, pese a esa vorágine en la que estaba inmersa, nunca perdí mis raíces: el peronismo, estoy segura, fue un cable a tierra en mi caso. Paralelamente al descubrimiento de ese nuevo mundo, mis pérdidas de conocimientos seguían como síntoma, esa rara manera que tenía de huir del conflicto.

Ahora que estoy en condiciones de hacer un relato retrospectivo y menos pasional de ese período, creo que en ese momento no sabía cómo integrar mi vida anterior y la nueva. No sabía cómo encarar la contradicción que se establecía entre mis sentimientos como peronista y algunas cosas que se decían en el ámbito estudiantil que contrariaban mi identidad. ¿A que me refiero? Por ejemplo, en casa se lloró la muerte de Evita, pero en ese entonces muchos compañeros míos la odiaban. Después entendí ese tipo de odio, el peronismo no se llevaba bien con las necesidades de libertad de amplios sectores porteños, más allá de que en otros aspectos muchos de esos sectores se beneficiaban. Por ejemplo, la clase media le debió al peronismo la posibilidad de incrementar su patrimonio y en general su bienestar. Sin embargo, es justo admitir que algunas reivindicaciones más abstractas no se resolvieron, todavía hoy siguen pendientes.

Siempre que hago un balance de los años pienso que si bien hubo partes muy difíciles en mi historia personal, siempre fui conciente de la pertenencia a una clase y también a un género, eso me ayudó.

DOS

UN VIAJE INVOLVIDABLE

Un avión varado en Lima. El miedo a revelar mi identidad periodista. El encuentro con Jorge Hammar y el comienzo de la gran aventura: el "camino del Cbe" que hicimos en América Latina.

*Para todos vosotros,
los que me gustaban o me gustan,
guardados por las imágenes santas en la cueva,
levanto el cráneo lleno de versos,
como una copa de vino en un brindis de sobremesa.*

*Pienso más y más a menudo:
sería mejor poner el fin
con la punta de una bala:*

*Hoy mismo,
por si acaso,
doy un concierto de despedida.*

¡Memoria!

*Recoge en la sala del cerebro
las filas inagotables de los amados.*

Vierte la risa de los ojos en los ojos.

Adorna la noche de las bodas pasadas.

Verted la alegría de la carne en la carne.

Que la noche no se olvide de nadie.

Hoy tocaré la flauta.

En mi propia espina dorsal.

Vladimir Maiakovski

(Poeta ruso, 1893-1930)

Poema de Vladimir Maiakovski' que Jorge me hizo conocer en las largas caminatas de Lima, en Perú, al comienzo de nuestra relación.

Olga y Jorge Hammar, Colombia (1960).

1 Vladimir Maiakovski es uno de los símbolos literarios más importantes de la Revolución Rusa de octubre.

TRECE

EL REALISMO Y LA UTOPIA

La ORIT. La importancia de la concertación y el diálogo. Nuevamente me voy para volver a la Argentina. Mi participación en el Ministerio de Trabajo como responsable de la política hacia las mujeres trabajadoras. El camino hacia lo posible.

La propuesta de trabajar en la ORIT -Organización Regional Interamericana de Trabajadores- apareció de manera imprevista provocando un giro inesperado en mis expectativas y tuvo que ver con Luis Anderson.

La primera vez que supe de la existencia de este dirigente sindical internacional fue por los diarios, vi declaraciones suyas hablando en la Argentina, de temas laborales. Anderson era un hombre hecho desde abajo- había sido obrero en Panamá antes de convertirse en dirigente sindical- que visitó la Argentina con motivo de un encuentro internacional de trabajadores: el evento estuvo organizado por la CGT local y dos centrales sindicales internacionales, la ORIT y la CIOSL (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres). El tema a debatir era la deuda externa que afectaban el desarrollo y la democracia en América Latina. El reportaje que leí de Anderson, me dejó realmente muy impresionada por lo avanzado de su pensamiento.

Dos años después lo conocí personalmente sin haberlo planificado; otra vez jugó la casualidad. Yo había ido como representante de la fundación TIDO a un Encuentro Latinoamericano y Caribeño de Mujeres que se realizaba en la ciudad de Taxco (México) Era 1987. En ese marco, un día, seguramente en un momento de inactividad del encuentro, resolví salir a dar un paseo. Mientras caminaba por la ciudad de México descubrí un gran cartel sobresaliendo de un edificio antiguo en el que se leía la sigla ORIT. No dudé demasiado, siguiendo un mandato inconciente toqué timbre y pedí hablar con algún directivo. A los pocos minutos, Anderson en persona vino a saludarme. Creí que sólo venía para darme la mano, pero terminó charlando conmigo unos cuarenta y cinco minutos.

En ese primer encuentro también estaba el costarricense Gerardo Castillo,

ex-funcionario de la OIT (Organización Internacional del Trabajo). Fue una reunión muy amable en la que me explicaron algunos proyectos que estaban impulsando en América Latina, recuerdo que querían desarrollar un nuevo concepto de la actividad sindical, la idea era ampliar el marco de acción de las organizaciones sindicales y que los gremios no sólo se ocuparan de la discusión salarial, sino que fueran un motor de cambio social y económico. Es decir, querían que el sindicalismo jugara un rol político. Su intención era que se involucraran en otros temas, tales como la situación de la mujer trabajadora desde una visión de género, el medio ambiente, la globalización y la aparición de nuevas tecnologías, etcétera. Yo estaba asombrada, no podía creer que alguien dijera lo que yo hace mucho pensaba, particularmente después de mi experiencia en la Suecia socialdemócrata. Después de esa reunión no volví a tener contacto con Anderson hasta el momento en que me llamaron de improviso a Buenos Aires desde la ORIT para convocarme a trabajar con ellos.

Hacía poco que había muerto Jorge y no terminaba de adaptarme a su ausencia. En lo profesional y político las cosas no fluían como hubiera querido: los docentes estábamos trabados en problemas diversos, teníamos una agria discusión con CTERA y nos costaba encontrarle una salida. De modo que cuando el Dr. Julio Godio, asesor de Luis Anderson, sociólogo y periodista prestigioso, autor de numerosos libros y publicaciones, me llamó y me dijo textualmente "queremos conversar sobre algo que quizás te interese", quedé muy impactada, me estaban proponiendo trabajar con ellos. No quería tomar esas palabras totalmente en serio para evitarme una gran desilusión. Pero cuando me enteré de que el principal interesado en que yo ocupara un cargo en la ORIT era el mismo Luis Anderson, entonces comprendí que la posibilidad era real.

Lo cierto es que yo no terminaba de entender cómo había surgido mi nombre, porque habían pensado en mí para cubrir ese cargo si apenas me conocían. Ni bien acepté hacerme cargo del área de la mujer de la ORIT, todo un mecanismo formal se puso en movimiento.

Yo tenía una idea vaga de la tarea que me esperaba. El objetivo era impulsar nada menos que la sindicalización de las compañeras en América Latina, lo

cual implicaba una gran responsabilidad política, se trataba de impulsar la revalorización del empleo y el trabajo en el proceso de empoderamiento de las mujeres. Yo siempre creí que el trabajo es el camino para acrecentar la autoestima, la independencia y la definición de identidad de las mujeres y de los varones, porque ellos también deben recuperar la cultura del trabajo tan devaluada en las últimas décadas.

En funciones

Para concretar la misión que me habían asignado había que viajar de un país a otro cada quince días para escuchar conocer las propuestas de cada central de trabajadores. Hombres y mujeres me planteaban sus necesidades, sus dudas y controversias. Fueron tres años muy intensos en los que aprendí y vi la otra cara de América Latina, otro rostro del que había conocido en los años sesenta. Así como treinta y tantos años antes había conocido el lado menos turístico de la región, aquí estaba otra vez mirando la misma fotografía, también sin poder para transformar situaciones de inequidad. No quiero ser injusta retaceando los logros obtenidos por la ORIT, los tuvo y costo instalarlos. Pero, en el nuevo periplo por los mismos lugares, con las mismas necesidades, apareció en mi interior el presentimiento de que no iba a ser fácil lograr los objetivos. Algo así como que los pueblos cumplan sus ciclos históricos y yo estaba otra vez incluída en ese proceso.

Había dejado atrás una dura disputa interna en la UIDA porque al igual que otros compañeros apoyaba las propuestas de la CTERA. En esa época nos habíamos integrado, pero nunca profundamente y fuimos separados de la conducción del gremio.

Arribé a la ciudad de México a finales de 1988. Llegaba con una pesada carga psicológica y material. Me veo arrastrando dos maletas en el aeropuerto, repleta de mis cosas más queridas. Las valijas han jugado un rol importante en toda mi vida, en ellas transportaba el resumen de mi vida.

Ni bien llegué a la ciudad de México alquilé un pequeño departamento, al que llené de plantas y objetos que le dieran vida. Poco me duro el entusias-

mo: las platas se secaron, el polvo acumulado entre viaje y viaje opacaron los colores de mis objetos. Conclusión: termine buscando compañía y afecto en casa de una amiga, Susana Sanz, con ella tenía muchas cosas en común. Susana venía como yo de un largo camino de luchas y desarraigos, y se estaba separando de su compañero, Ernesto Jauretche.

A medida que me insertaba en la ORIT me fui empapando de sus códigos y de la importancia que le daban al diálogo social para la solución de los conflictos laborales. De a poco aprendí que cualquier negociación entre las partes es mil veces mejor que un enfrentamiento. Atrás dejé mi visión confrontativa, herencia de los sesenta y setenta, en la que doblé al otro, quebrarlo, era un claro objetivo. Gracias a mi trabajo en la ORIT adquirí, además, mayor conciencia de las condiciones de pobreza en las que se encontraban los trabajadores en América Latina, en especial las mujeres. Realmente me llamó muchísimo la atención las condiciones laborales que soportaban las mujeres en diferentes países, en todas y cada una de las entrevistas y talleres, pese a las diferencias lógicas de cada país, había un tema constante: la discriminación y la pobreza. Por otra parte, era prácticamente imposible que las mujeres accedieran a puestos de decisión en los gremios.

Aunque las comparaciones no son buenas, no pude evitar hacerlas: en ningún país de América Latina que visité, los trabajadores alcanzaban el nivel de organización que tenían en la Argentina donde la afiliación sindical era alta en comparación. Recordemos que, aún debiendo sortear la represión y persecución que impulsieron las dictaduras militares en nuestro país, la estructura sindical siguió funcionando en forma clandestina. La diferencia cualitativa pasaba por el hecho de que en la mayoría de los países latinoamericanos no habían surgido movimientos nacionales y populares que apuntalaran con tanta fuerza la agremiación de los trabajadores.

En suma, la misión que se había trazado la ORIT era profundizar la sindicalización en América Latina y dotar a los gremios de una visión progresista.

Enriquecimiento político y personal

Esos años en la ORIT me permitieron avanzar en las definiciones sobre la

situación de la mujer y el trabajo. La mayor explotación la observé en la zona de las maquilas de México, en el límite con los Estados Unidos, y en los países de la América Central: en las regiones francas las empresas multinacionales actuaban como viejos patrones de estancia e impedían por ejemplo, la afiliación sindical.

En la República Dominicana, específicamente en la empresa Wal Mart, no se permitía la sindicalización de los trabajadores. Cuando se enteraban de que un trabajador se sindicalizaba, de inmediato lo despedían. En el caso de las mujeres era todavía peor, como muchas desconocían la protección que podía brindarles el sindicato resistían la agremiación, entonces se convertían en víctimas fáciles de situaciones de violencia, o de maltrato. Había empresas que llegaban al extremo de controlar mensualmente el estado de fertilidad de sus empleadas, ¡las hacían pasar por la enfermería de la empresa!, y cuando descubrían a alguna embarazada de inmediato la echaban. Eso yo lo he visto personalmente en la República Dominicana y en otros países de América Latina. Aunque parezca mentira, eso pasaba al final de los '80 y durante la década del '90. En algunos lugares, este grado de ignominia aún subsiste.

Sin embargo, no creamos que Argentina es el mejor de los mundos. Conviendría no olvidar que aquí las empleadas no registradas sufren también situaciones de verdadera violencia. Veamos: en el 2007 había más de un 40% de trabajadores no registrados. Los trabajadores informales en el sector público alcanzan el 10% -según datos de la Universidad Nacional de San Martín- y de esos porcentajes el grueso son mujeres no sindicalizadas.

La precariedad en la que se encuentran muchas compañeras hoy es comparable de algún modo a la que sufrían aquellas mujeres dominicanas. Indudablemente las peores situaciones las padecen siempre los ilegales, los que migran de un lado a otro para garantizarse la sobrevivencia. De ahí al desarrollo de lo que denominamos la "trata laboral" hay un solo paso y lamentablemente nuestro país no escapa a esa situación. La lucha por el trabajo registrado que se viene impulsando como política de estado es una de las formas para impedir la explotación de hombres y mujeres.

Recapitulando

Volviendo a México, no todo eran espinas. Durante esos tres años que trabajé en este organismo asistí también a un proceso indiscutible de sindicalización creciente.

En lo personal, quiero subrayar la magnífica relación que establecí con muchas mujeres trabajadoras de Latinoamérica, en particular con las colombianas, las panameñas y de otros países caribeños, con las cuales al día de hoy, seguimos en contacto.

Muchos de los logros de la ORIT se debieron a la personalidad y experiencia de Anderson. El consiguió construir una atmósfera de confianza inmejorable en el grupo en el que yo participaba, eso facilitaba la realización de las tareas. Su estilo de relacionarse y organizar el trabajo hizo que me sintiera protegida por ese equipo, al que recuerdo con afecto. Hay que tomar en cuenta que había enviudado hacía poco tiempo y, además, que era una de las pocas mujeres ocupando un puesto relevante en ese organismo.

Mi relación personal con Anderson merece un capítulo aparte: la verdad es que hacía tiempo que nadie me provocaba la admiración intelectual que me despertó este hombre, de modo que empecé a sentir cierta atracción muy especial hacia él (algo que creo que fue recíproco). Pero ambos decidimos sublimar ese sentimiento mutuo para no entorpecer el trabajo en común. Primó la racionalidad y decidimos no avanzar. Hubiera sido más fácil para mí haber iniciado un vínculo de tipo amoroso. Estaba sola y en un país desconocido. Sin embargo, los dos llegamos a comprender que valía la pena dejar al margen lo personal, en mérito de un compromiso en el que coincidíamos y de sentimientos más profundos que nos unían. De modo que la atracción quedó en el plano de las ideas, una decisión que aún hoy valoro: creo que si hubiéramos actuado de otra manera probablemente hubiéramos terminado distanciados, como casi siempre ocurre con las relaciones paralelas. Por otra parte, vale aclarar que Luis era feliz en su matrimonio y yo conocía a su esposa a quien además apreciaba. Como reflexión final sobre este aspecto, pienso que muchas veces las mujeres tendríamos que aprender a conducir nuestros afectos para evitar que un entusiasmo momentáneo ponga en ries-

go otras cosas; más importantes, a mi juicio, que una relación sentimental pasajera. Luis murió de un aneurisma en el 2006. Lo sentí mucho. Creo que pasados los actuales tiempos de contradicciones y turbulencias, él merece una página en la historia de los trabajadores de América Latina.

Diferentes momentos

Desde mi cargo de funcionaria de la ORIT pude recorrer nuevamente Latinoamérica y algunos países de Europa. En América Latina como referí, casi seguí el mismo itinerario que habíamos hecho con Jorge en la década del sesenta. Pero esta vez, ya no lo hacía siendo militante raso sino como representante de un organismo internacional. Estaba en una posición distinta, eso era innegable. Como funcionaria, llegaba a los mismos pueblos y ciudades en los que habíamos estado con Jorge, pero ahora el trato era otro: recibían a una Olga que tenía cierto poder de decisión. Siempre algo me recordaba aquella etapa de lucha y estrechez, cuando Jorge y yo habíamos tenido que bailar tango para conseguir algún mendrugo y sortear el hambre. Como representante de un poder internacional ya no dormía en un catre de campaña sino que me alojaba en hoteles de varias estrellas y también podía comer en los mejores restaurantes. ¿Era otra Olga?. De ninguna manera, yo lo sabía. Era, en cierto sentido, la misma militante de antes que ahora hablaba desde otra función con la trabajadora textil de algún pueblito perdido ó se interesaba por la trabajadora que limpiaba las calles de Quito. La vida me había permitido hacer un segundo viaje y mirar todo desde otro punto de vista, desde otra experiencia y gracias a esto, adquirí una visión más amplia del mundo. Más allá de mi percepción interna, no podría negar que debido a mi rol en la ORIT, las mujeres trabajadoras veían en mí no sólo a la compañera militante sino a alguien que les podía brindar una formación para resolver problemas cotidianos.

Nuevamente la Argentina

Durante el período en que yo trabajé como funcionaria internacional, mi hijo Alejandro vivió en Suecia aparentemente feliz. La cuestión es que de buenas a primeras me enteré que había resuelto separarse de su compañera y de inmediato volver a la Argentina, lo que naturalmente influyó mucho en

mi ánimo. Además, por mis propias razones, yo también estaba pensando en volver. Vivir en los aviones recorriendo países distintos, a la larga resulta agobiante. Visto a la distancia, reconozco que esa forma de vida me hacía sentir muy sola. Me acuerdo que cuando llegaba a distintos lugares, aunque era bien recibida, lo que esperaban de mí era, antes que nada, que les ayudara a conseguir subsidios, solucionar problemas, etc. Esperaban básicamente a una funcionaria. Recuerdo que una vez me enfermé en San Pablo y me encontré sin nadie que me alcanzara un té a la cama. Desde luego que de haber sido una cosa grave los compañeros se hubieran ocupado, pero el hecho concreto era que yo estaba afebrada, sola y dependiendo del personal del hotel. Por esas razones, sumadas al regreso de *Alé* a la Argentina, finalmente se tornó imperioso volver a casa. Por supuesto era conciente de que esa vuelta no podía ser fácil: con unos años más. Otra vez había que empezar de nuevo.

Más dificultades a vencer

Admito que ese nuevo regreso fue un impacto. Yo creía que muchos de los compañeros sindicalistas iban a recordar el papel que yo había jugado en la ORIT a favor de Argentina y me ayudarían a reinserirme, lo que en algunos casos ocurrió, particularmente los compañeros de la Unión Ferroviaria fueron los que me ayudaron. Sin embargo otros me ignoraron y muchos con los cuales había tenido una relación política, habían desaparecido de la estructura gremial. Así que terminé reinsertándome en la Fundación TIDO. Parece una constante: siempre vuelvo a la Fundación. Allí empecé a implementar planes de capacitación laboral para las compañeras con pocos recursos, junto con otras actividades.

También en TIDO conocí a José Greco, quien sería mi compañero durante 13 años. Mi relación con él tuvo, como suele ocurrir en las relaciones de pareja, buenos y malos momentos, lamentablemente hacia el final primaron los desacuerdos. Yo hice lo imposible para limar las diferencias, pero mi permanente e inconciente comparación con los hombres de mi pasado, a quienes idealizaba, jugó en contra de su autoestima. Creo que otra de las cosas que más nos afectó fue que él quedara desocupado.

La aspiración máxima de José era, y es, convertirse en un pequeño empresario. Cuando lo conocí él venía de una separación dolorosa, algo que finalmente logró superar. La cuestión es que de a poco se fue instalando en mi vida, y por ende en mi casa. Sus hijos adolescentes se integraron al grupo familiar y si tuviera que hacer una evaluación de ese momento, pienso que en los comienzos tuvimos una buena convivencia. Al poco tiempo de vivir juntos, compramos y refaccionamos una casita en el Tigre, cercana al Dique Luján. Ese lugar nos unió, era algo que habíamos hecho juntos y lo cierto es que durante un tiempo lo convertimos en nuestro hogar común. Pero después llegó la crisis del 2001 y 2002, y José se convirtió en un desocupado más. Por mi parte, la crisis no me golpeó tanto personalmente: más aún, gracias a mi experiencia política local e internacional fui convocada en el 2003 por Carlos Tomada, para presidir una comisión de importancia institucional en el Ministerio de Trabajo.

Como muchos hombres, José no pudo asimilar ser el desempleado en la pareja. Esa situación dispar fue determinante y lentamente nos distanciamos. Creo que además lo que terminó de separarnos fue que al final de la relación carecíamos de un acuerdo vital profundo. Hoy lamentablemente, como dice el tango "somos dos extraños".

Retomando el tema de mi regreso a la Argentina, en 1992 volví a TIDO. Mi regreso a ese espacio no fue carente de conflictos, ya que surgieron diferencias con las compañeras que habían quedado a cargo de la fundación. La principal tuvo que ver con la experiencia que yo traía con las mujeres sindicalizadas y mi visión acerca de ese tema. Siempre insistía en la necesidad de atender el tema del desempleo, algo que se venía. Al principio de los noventa, muchas no veían ese problema, pero yo tenía presente lo que sucedía en otros lugares de América Latina donde la desocupación era la principal preocupación. No podía coincidir, y menos desentenderme, de esa amenaza. De modo que la nueva Olga venía con urgencias y propuestas que algunas compañeras no compartían. Preparar a las mujeres para el empleo, desde mi punto de vista, era definitorio. En cambio las compañeras que habían quedado a cargo de TIDO se inclinaban por un feminismo más académico, aunque no exento de acciones concretas. De modo que no pude evitar que se

produjese una pequeña escisión, hecho que no causó demasiados problemas ya que las que se retiraron tuvieron la generosidad de reconocer que yo era una de las fundadoras y la que había conseguido los recursos de Suecia para empezar. Hoy puedo decir que el grueso de mis amigas actuales proviene de ese período.

De mujeres trabajadoras

Por mucho tiempo seguí activando desde la Fundación en la línea "mujer y trabajo". En ese momento ya planteábamos el tema de la violencia laboral, lo que motivó que a diario recibiéramos denuncias.

Por otra parte, cuando regresé de México retomé mi actuación en la UDA. Junto con compañeras del Sindicato Gráfico y Unión del Personal Civil de la Nación nos pusimos a trabajar en lo que se llamó el FOCAL, una ONG que era un foro de mujeres sindicalistas. Desde ahí organizamos talleres y debates sobre la mujer que trabaja. Todas las que creamos el FOCAL teníamos, o habíamos tenido, un rol sindical: éramos delegadas o miembros de consejos directivos. El primer taller sobre el tema "Mujer y Trabajo", lo hicimos con la colaboración de la fundación Fredrich Ebert que nos había acompañado desde 1985.

Los temas que impulsábamos en ese momento eran: igualdad de salario por igual trabajo, reparto equitativo de los roles familiares, creación de guarderías en las empresas y organismos públicos, todas cuestiones que lamentablemente aún no se han resuelto.

Militante y funcionaria

Cuando asumí mi cargo en el Ministerio de Trabajo, en Octubre de 2003, lo hice con el entusiasmo de aportar mi experiencia, producto de la militancia y el compromiso con el mundo de la mujer y el trabajo. Creo que eso fue lo que tuvo en cuenta el ministro Carlos Tomada, al convocarme para dirigir el espacio de la mujer en el Ministerio. No llamé a una técnica sino a una mujer con una vasta militancia en el campo de la mujer sindical. Convencida de que el tema de la paridad implica una verdadera revolución laboral, traté

de hacerlo efectivo desde mi puesto en el Ministerio de Trabajo.

Volviendo a la convocatoria del ministro Tomada, vale subrayar que nosotros nos conocíamos de antes, ya que ambos confluimos en la disidencia con las políticas liberales, contra el gobierno de Menem. Aparte, ambos militamos en el bordonismo.

Pero ya han transcurrido más de diez años de todo eso. Desde entonces, uno ha venido acumulando aciertos y desaciertos. Tal vez ahora, el tiempo y la reflexión colaboran para que una enfrente la realidad con menos angustia y apuro que en la juventud. Una sabe que los avances y las mejoras no se consiguen de un día para el otro. Muchos problemas subsisten. En América Latina sigue la pobreza, Colombia sigue dividida, nosotros también estamos divididos, seguimos siendo un país centralizado, unitario en la concepción y el funcionamiento. Carecemos de un auténtico federalismo. Todo se resuelve en la ciudad de Buenos Aires.

Y con respecto a las mujeres, si bien la situación general no es la misma que hace varias décadas, todavía falta, y mucho. Creo que el tema de la integración de las mujeres al trabajo ayuda a que vivan más dignamente. El salario contribuye a la independencia y a la libertad de acción, sin ninguna duda. El día que podamos lograr el pleno empleo en nuestro país, entonces las condiciones de vida mejorarán para todos. Lo que me parece es que a estas condiciones habría que sumar la voluntad de las mujeres para analizar las formas con que se construye la política. No es a partir de la queja ni la nostalgia sino asumiendo con vigor derechos y obligaciones y desde allí desenmascarar las causas de la discriminación, la violencia y nuestra postergación de siglos. Como decía Perón, "el trabajo es una herramienta para lograr la dignificación", pero todavía hay muchísimos desocupados y desocupadas, muchísimos viviendo de subsidios del estado, situación que impide conseguir ese objetivo. En particular, yo que he sido inmigrante y tratada como tal, me preocupa cómo tratamos a las personas que llegan a trabajar a nuestras ciudades. Pienso que la Argentina es un país que discrimina, y mucho. También es sumamente preocupante la situación de las mujeres jóvenes desocupadas, lo que les pasa a muchas que vienen a trabajar de países limítrofes y terminan

cayendo en redes de explotación y prostitución. Con respecto a las mujeres sindicalistas, es evidente que han ganado espacios de poder. Los medios han influido en la promoción una mayor conciencia al difundir lo que ocurre en otros lados del mundo. De cualquier forma, falta mucho.

Creo que he tenido la suerte de llegar a un estadio de comprensión del mundo del trabajo muy profundo, desde allí veo, con realismo, que el pleno empleo es prioridad política en el mundo. Hay otros temas como el de los alimentos y el agua que se imponen. La falta de alimentos ubica a los países que los producen, como el nuestro, en una situación de privilegio, pero vemos que la cuestión de las exportaciones e importaciones se limitan por cuestiones políticas. Este encarecimiento de los alimentos está limitando cada vez más el consumo de los sectores pobres de la región y seguramente aumentará la exclusión y la violencia. Por eso debemos insistir con realismo con nuestros reclamos. Ser realistas no es exigir lo imposible, como escribían los estudiantes en el Mayo Francés, sino seguir luchando. Lo digo y lo siento desde la sabiduría que uno adquiere con los años.



Conferencia regional ORIT-CIOSL Cartagena de Indias, Colombia (1993).

Año I N° 1 Febrero 1990

la Mujer Trabajadora de ORIT/Ci'osl es una publicación del departamento de México, D.F.



Compañeras

EDITORIAL

Contenido:

- 1 República Dominicana
Zonas Francés
CUANDO TRABAJAR ES UN INFIERNO
- 2 Brasil
VIOLENCIA EN EL TRABAJO
Rutinas para operarias
- 3 Argentina
MUJERES SINDICALISTAS CONSTITUYEN FORO DE UNIDAD
- 4 EN
Colombia
LA SOLIDARIDAD TIENE NOMBRE DE MUJER
- 5 Resolución N° 17
LA MUJER TRABAJADORA SINDICALIZADA
- 6 COMITE DE ASUNTOS DE LA MUJER TRABAJADORA
ORIT/Ci'osl
- 7 COMITE FEMENINO DE Ci'osl ELABORA PLAN DE ACCION

La CIOSL y la ORIT han venido definiendo durante años una clara política dirigida a las compañeras trabajadoras del continente, con el objeto no sólo de capacitarlas en el área sindical, sino también acompañar la profundización de su conciencia política, con el derecho que les asiste, no sólo a participar, sino también a intervenir en las decisiones del conjunto de los trabajadores en general y de las trabajadoras en particular.

Hemos intentado revertir así el concepto cultural y político que subestima el trabajo de la mujer, poniendo en marcha acciones educativas y organizativas tendientes a lograr una auténtica igualdad social. Pero no sólo es un acto de justicia el que pretendemos realizar, sino también el reconocimiento a una realidad irrefutable que ubica a las trabajadoras, especialmente del Tercer Mundo, como protagonistas plenas del proceso productivo. Ha sido la crisis económica mundial la que obligó a las mujeres de los sectores populares a encarar el sostenimiento de su hogar, en conjunto con su marido o compañero, pero además, no podemos dejar de reconocer el lamentable hecho de que esa crisis ha afectado directamente a los hogares, dispersando sus integrantes, generando el abandono de los hijos y de que es la mujer la que afronta el mantenimiento de los mismos. La

Publicación de la ORIT-CIOSL Directora Olga Hammar, México (1990).



Olga junto a Luis Anderson, Gerardo Castillo y Ofelia Londoño (1990).